
CAPITULO V

Soluciones de la cuestión social

Después de haber estudiado las causas que produjeron el conflicto social, en los capítulos que se siguen trataremos de la solución que imperiosamente reclama. Examinaremos primero en los capítulos V y VI las falsas hipótesis ó soluciones que proponen los enemigos de la Iglesia, comenzando por el liberalismo, que declara insoluble dicho conflicto, y expondremos después en el capítulo VII la doctrina de la Iglesia católica, demostrando que en ella se encuentra la verdadera solución del pavoroso problema.

ARTÍCULO PRIMERO

Para el liberalismo conservador y democrático es insoluble la cuestión social

Después de lo expuesto hasta aquí, y particularmente en el párrafo III «Afinidad entre el naturalismo político y socialismo», es absolutamente inútil buscar en tan maldito sistema, remedios para el mal social.

El padre del socialismo y anarquismo ¿cómo ha de acabar con los hijos que ha engendrado y amamantado en sus pechos, robustecido en sus Universidades libres, y dádoles por fin el materialismo, que los nutre y sostiene? Imposible, y de ello tenemos evidentes testimonios. El órgano del liberalismo conservador de Bismark escribía en el día 3 de mayo de 1890 lo siguiente:

La rivalidad de clases no tendrá término jamás. Querer resolver esta cuestión es lo mismo que tratar de resolver el problema de la cuadratura del círculo. Esta es una utopía que no se convertirá en realidad hasta el día en que todos los

hombres sean ángeles. Es imposible todo arreglo fijando el salario á tanto por día, puesto que cómo ha de imponerse una solución de ese género á los que vivan dentro de cien años?

Además, semejante arreglo no podría satisfacer al obrero. Si le concedéis cinco chelines, pedirá después seis y siete. Es por lo tanto inútil creer que una cuestión de esa especie pueda resolverse de un modo permanente, que evite todo conflicto ulterior.

En el periódico *El Liberal*, órgano de la democracia española, y en cuya imprenta se ha publicado la traducción de la obra de Straus, *La antigua y la nueva fe*, en fecha 13 de mayo de 1890, se publicó un artículo titulado «Tantos hombres, tantos pareceres», y en él trata de burlarse de los numerosos doctores que se dedican á dar solución al problema social, y desecha por inútiles todas las soluciones. Así escribe:

En Francia, la comisión parlamentaria de la reglamentación del trabajo ha oído dos proyectos.

Según el uno, convendría limitar la duración del trabajo á cincuenta y ocho horas por semana, repartidas entre cinco días de diez horas, y otro, que sería el sábado, de ocho. El domingo quedaría consagrado al descanso en absoluto.

Según el otro, se debe establecer el trabajo durante seis días por semana, á razón de diez horas cada día, descansando uno. Además, la víspera del día de descanso se podría autorizar algunas horas de trabajo suplementario para la limpieza de los talleres y de las fábricas.

La pretensión más general es la del jornal de trabajo de ocho horas, con un día de descanso cada semana.

Estas soluciones las despacha *El Liberal* con unas cuantas preguntas:

¿Por qué cincuenta y ocho horas y no cincuenta y seis ó sesenta?

¿Por qué diez horas cada día? ¿Por qué ocho? ¿Por qué no nueve?

Si hay quien dé una razón plausible, le proclamaremos el hombre más sabio, aun más sabio que el mismo Salomón.

¿Por qué el obrero puede soportar ocho horas de trabajo mejor que nueve? Pues también podrá soportar mejor seis que ocho.

¿Por qué el jornal de ocho horas es el más proporcionado al esfuerzo que en un día debe realizar el hombre? Pues eso será según la fuerza y la resistencia de cada obrero. Para unos podrán ser cosa soportable diez horas y para otros podrán ser un exceso las ocho.

¿Porque es preciso que el obrero tenga tiempo para instruirse? Pues preguntemos hasta qué grado. ¿Para ser un doctor de Salamanca? Obrero habrá que tengan recibida la instrucción primaria y que no necesiten más para su conveniencia particular.

Todo ello, como se ve, es arbitrario, y cuando se pide que el Estado consagre la arbitrariedad, se da derecho para decir que se pide una monstruosidad.

Las excepciones que no se pueden menos de admitir á las reglas generales que se establecen para la reglamentación del trabajo son tan numerosas, que á su lado las reglas generales vienen á convertirse en excepciones.

No se trabajará de noche; pero esto no ha de rezar con aquellas industrias que no puedan interrumpir el trabajo de día ni de noche. ¿Y se sabe cuáles son éstas? Las que ocupan mayor número de trabajadores.

Habrà un día de descanso forzoso á la semana; pero no se aplicará esta prevención á las faenas agrícolas, porque el labrador no puede desperdiciar días de trabajo, cuando la tierra está á punto de ser trabajada y de recibir la semilla, y cuando es preciso recoger pronto la cosecha para que no se pierda por algún accidente.

No se trabajará más que ocho horas; pero debe haber condescendencia para que trabaje más de ocho el albañil que no ha podido trabajar muchos días por el mal tiempo, y con todos los obreros que después de una enfermedad quieren recobrar el tiempo perdido.

A estas soluciones rechazadas, puede *El Liberal* añadir otra porción de soluciones fallidas.

Sin contar los delirios de Robespierre, Babeuf, Saint-Simón, el falansterio de Fourier, los talleres nacionales de Luis Blanc que ahogó en sangre Cavaignac, y limitándonos á las invenciones de estos últimos tiempos, tenemos, entre otros, las cajas de préstamos de Eilenburgo, las Asociaciones para la instrucción de los obreros, la Sociedad de Créditos y anticipos, las Asociaciones para la adquisición de las primeras materias, las Cajas de Ahorros, las Asociaciones productoras, de obreros, la Participación de los obreros en los productos de las industrias, las Asociaciones de protección contra la opresión de los fabricantes y las otras formas con que Schultze-Delitzsch imaginó resolver el problema; las *Trades-Unions* inglesas, las Asociaciones productivas y la Asociación general de obreros con que Lassel quiso enmendar la plana á Schultze; la expropiación de la máquina y la organización colectiva del trabajo con que Carlos Marx también fracasó.

En suma: ¡qué no hay remedio!

El Liberal entiende, que los consejos del Papa, la caridad, la resignación y los *Círculos de Obreros Católicos* que recomienda, es lo mejor que se ha dicho, porque corresponde á la esfera individual donde se debe encerrar, si no la solución del problema, á lo menos la mejora de la suerte de los obreros. Pero teme *El Liberal* que los obreros no hagan caso de los consejos del Papa y que tampoco por aquí se encuentre el remedio.

Es decir, que el liberalismo creó el proletariado, el pauperismo, la cuestión social, que antes de él no existía.

Y ahora dice á sus víctimas:

Mal os he puesto, no cabe dudarlo; pero consolaos con que en cambio no tengo remedio para vuestro mal, ni creo en la eficacia de los que otros os proponen.

Esta es la última palabra del liberalismo, así del democrático como del conservador.

¿Qué se había creído el cuarto estado, cuando ayudó al tercero á destruir el antiguo organismo social y apoderarse del poder, del capital y del mundo? ¿Qué no se lo había de pagar con toda justicia? ¿Tan ciego estaba que no vió dónde se metía?

Pues abra ahora los ojos y vea que sobre la puerta del organismo liberal, escribió el tercer estado aquellas palabras del Dante: *¡Oh los que entráis, dejad toda esperanza!*

Con las ilusiones engañosas de Robespierre, Babeuf, Saint-Simón, Fourier y Luis Blanc, Mazzini y Marx, jamás fuisteis á ninguna parte, pobres

trabajadores, cuando no fuisteis como ovejas al matadero. Las invenciones de Schultze y Lasalle os llevaron al desengaño y la bancarrota. El liberalismo democrático os dice que os las compongáis como podáis: el conservador, más franco, os declara que para vuestro mal no tiene remedio.

Con el sistema de C. Marx y la Commune, ó corréis á la muerte ó á un desengaño más terrible que los pasados; porque se remediarán unos cuantos, pero quedarán desheredados y dispuestos á tomar el desquite los despojados, del tercer estado, más los sobrantes del cuarto, que formarán el quinto, y luego el sexto y después el séptimo estado ¹.

ARTÍCULO II

Los bandos políticos no pueden dar solución á la cuestión social

Dice el Romano Pontífice:

La violencia de las revoluciones ha dividido los pueblos en dos clases de ciudadanos, poniendo entre ellas inmensa distancia. Una clase poderosísima, porque es muy rica, como tiene en su mano ella sola todas las empresas productoras y todo el comercio, atrae para su propia utilidad y provecho todos los manantiales de riqueza, y tiene no escaso poder aun en la misma administración de las cosas públicas. La otra es la muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronto siempre á anotinarse.

Hallándose la sociedad compuesta de familias, y éstas de individuos, no hay duda que se puede comparar á un organismo vivo y vigoroso. Si no recordamos mal, Wirchow ha sido el primero en comparar la sociedad humana á los organismos de las plantas y de los animales, y después de él varios biólogos y sociólogos le han imitado. Ahora bien. ¿En qué consiste el organismo de todo viviente, ya sea planta ó animal? Oportunísimo es en esta ocasión exponer brevemente lo que nos enseña la Biología acerca del organismo de todo viviente, para que así podamos comparar el organismo social con los organismos de los seres que, además del hombre, gozan de vida.

Según la Biología, tanto las plantas como los animales y el hombre, se componen de células ó celdillas; no siendo éstas otra cosa que un ser vivo (plantas y animales unicelulares), ó parte de un ser vivo (seres pluricelulares), que se compone de núcleo, protoplasma y membrana. Los progresos constantes de la Citología y de la Histología nos demuestran que en los vivientes no hay más que células y productos de las mismas; que las células similares, esto es, semejantes en la forma y función que desempe-

¹ *Siglo Futuro*, núm. 3 de mayo de 1890.

ñan, se agrupan y forman los tejidos vegetales y animales; que los tejidos se reúnen entre sí (uno fundamental y los otros accesorios) para formar los órganos y aparatos, así denominados por las funciones que desempeñan; y finalmente, que los aparatos y órganos se unen para constituir los miembros de las plantas (raíz, tallo y hojas) y de los animales (cabeza, tronco y extremidades). Pero obsérvese que á medida que la planta ó animal sube en la escala de la perfección, las funciones se van localizando en los tejidos y órganos, apareciendo la división del trabajo en los distintos órganos y aparatos. En las plantas y animales unicelulares todas las funciones las ejerce la simple célula, pero en los vegetales y animales superiores vemos ya introducida la división del trabajo, y hay aparato de la respiración, de la circulación, de la nutrición, etc.; pero nótese, que aun cuando en cierto modo parecen autónomos é independientes las células, tejidos y aparatos, por cuanto en todos los elementos figurados se realizan las funciones vegetativas, esta independencia es relativa, porque en los animales los aparatos se hallan subordinados al aparato central de la inervación, figurando con mucha exactitud todo organismo animal una monarquía representativa, y en los vegetales los aparatos constituyen los miembros, y se hallan tan estrechamente enlazados entre sí, que representan en cierto modo una república federativa. Pero lo que nos conviene saber aquí es, que Dios, al criar las plantas y los animales, los ha hecho de tal modo, que en todo viviente cada órgano es en cierto modo *autónomo* y ejerce cada uno de los órganos y aparatos una particularísima función.

Ahora bien; si de estas consideraciones que nos suministra el estudio de la naturaleza pasamos á las que nos ofrece el estudio de las sociedades constituidas, ¿qué nos enseña la historia? Que la sociedad cristiana, antes de la Revolución francesa, era un organismo vivo; que en este grandioso organismo existían órganos y aparatos, ejerciendo cada uno de ellos sus funciones propias, según los grupos, corporaciones ó gremios, cuyos reglamentos y leyes ellas mismas se elaboraban, pero siempre subordinadas dichas agrupaciones, casi *autónomas*, á las leyes fundamentales de las sociedades cristianas y al poder central. De manera que entonces en las Cortes se hallaba verdaderamente representada la nación. ¿Cuál es actualmente la organización de la sociedad? La sociedad hoy no es un organismo vivo, con órganos y aparatos, es un puro *mecanismo* compuesto de ruedas más ó menos ingeniosamente reunidas, partiendo su movimiento de una fuerza motriz central poderosísima. En una palabra, es un verdadero *autómata* con la apariencia é ilusión de un cuerpo animado y vivo. La causa de este mal espantoso, de la muerte de la sociedad actual, porque en realidad no es más que un cadáver, un verdadero autómata, fué el triunfo de un individualismo salvaje, que acabó con los grupos ó corporaciones que constituían el cuerpo vivo de la nación. Se proclamó el principio, como vimos, de que no hay más que el interés general del Estado y el del particular. Pero, acaso ¿no es la asociación el tema obligado del naturalismo político? No,

porque el concepto que tiene de la asociación es puramente mecánico, ya que únicamente pretende asociar el capital, á lo sumo las fuerzas del trabajo; la asociación de los hombres, ó más concretamente las corporaciones, no entran en su programa.

De aquí viene el odio que profesa á la Iglesia católica, sociedad que hallándose animada por un espíritu moral, vivificador y uno, es incompatible con el individualismo de los sectarios del error. Sabe muy bien el naturalismo político, que si es fácil dominar y avasallar á los individuos, y hasta rebajarlos á la categoría de mercancía, sin que puedan hacer valer sus derechos ni defender sus intereses, no sucede lo propio con las corporaciones. La Iglesia, que es el prototipo de toda corporación, proclama con valentía el derecho de la *personalidad* libre de toda corporación y gremio, y lo fomenta y ampara bajo su égida.

¿Cuáles han sido los efectos de la destrucción de los gremios y corporaciones por el naturalismo político? Han sido desgraciadamente: 1.º, pulverizar á la nación, reducirla á átomos, á individuos, y como la inmensa mayoría la constituyen los pobres, el hallarse éstos, como dice el Romano Pontífice León XIII, solos, abandonados é indefensos; y 2.º, el triunfo brutal del número, no de la razón ni de la justicia, sino del número encarnado en el despotismo de uno ó de muchos. Se ha destruído la antigua organización social; enhorabuena, ¿pero con qué se ha sustituido?

No vemos en el régimen actual más que individuos disgregados, aislados, y un Estado omnipotente. Porque á la verdad, ¿qué son los partidos políticos? Agrupaciones de individuos disgregados, sin que los una ni profesión común ni interés social común: sólo ideales de unos cuantos, que se traducen casi siempre en apetitos groseros. ¿Son, por ventura, los partidos en España ni en Europa para servirnos de la comparación de los entes vivos, células similares que se reunen formando aparatos, grupos, que representan algo, esto es, que desempeñan una misma función en la sociedad? De ningún modo, y por eso los diputados que los partidos actuales envían al Parlamento, no representan de modo alguno á la nación. A la única agrupación, á la única asociación que todavía existe en España, por ser de institución divina, á la Iglesia católica, se la excluye del Congreso de los diputados. ¿Por ventura conocen mejor los seglares y los políticos las necesidades del pueblo, sus aflicciones y sus penas, que los sacerdotes, los cuales, en su inmensa mayoría, salen de su seno y viven en perpetuo contacto con el pobre, compartiendo con él sus mermados y escasos haberes? Entonces ¿por qué se les excluye? Porque para los hombres del tercer estado, como antes hemos dicho, la Iglesia debe permanecer encerrada en la sacristía y en la abadía. Por eso en los actuales Paramentos no se halla representado el pueblo, todo el pueblo; no las clases sociales, ni la industria, ni la agricultura, ni las artes y oficios; sólo y exclusivamente se hallan representados esos que se llaman partidos políticos, verdaderos vampiros de la patria, que no tienen entrañas sino para los suyos y para sus intereses egoístas.

¿Cuán diferente aspecto presentaba hace un siglo la sociedad española! Lea quien quisiere la obra escrita por el R. P. Tomás Serrano S. J., cronista de Valencia y profesor ilustre de Retórica en la Ilustridad de Gandia, donde se describen¹ las fiestas que Valencia dedicó á su hijo San Vicente Ferrer en su tercer centenario; allí se enumeran los gremios, las cofradías, las corporaciones, los conventos, las parroquias, la nobleza, los militares y hasta el gremio de los poetas, las juntas y reuniones que tenían primero por separado y después delegados de todas las corporaciones, presididas por el capitán general unas veces, otras por el señor Arzobispo. Allí se observa una organización social tan hermosa, tan simpática, tan cristiana y poética al mismo tiempo, que parece retrato de una sociedad antigua y no de ayer. ¿Y cómo ha desaparecido tan cristiana organización, por la cual el rey sabía perfectamente las necesidades de todas las clases sociales? ¿Cómo, siendo España católica por excelencia, hace ya casi un siglo que se halla dominada por masones y masonizantes? Yo bien sé que en España, lo mismo que en Francia, se proclamó la revolución, esto es, las libertades modernas (como ya hemos visto al hablar de los gremios), opuestas á Jesucristo y á su Iglesia, y por lo tanto por ella condenadas; yo bien sé, repito, que se proclamó contra la voluntad del verdadero pueblo, y que éste protestó á mano armada en algunos departamentos de Francia, protesta que en España ha sido constante. Yo bien sé que solamente los hechos de fuerza, y de fuerza bruta, han logrado introducir en nuestra patria los principios de la Revolución francesa. Todo esto es cierto, verdadero, incontestable; pero ¿no es una mengua que esos hechos de fuerza hayan logrado imponerse y avasallar á la inmensa mayoría de los españoles, á la España católica? ¿Y cuál es la causa de esa ominosa imposición é innoble tiranía? ¿Por qué el pueblo, el verdadero pueblo español, de carácter indomable, que se agiganta con la lucha y nunca pacta con los traidores, permitió con tanta facilidad dejarse robar los fueros y las franquicias, y lo que es más, desterrar á los frailes, sus verdaderos amigos y verdaderos mastines contra los lobos afrancesados? ¿Por qué permitió que cuatro desalmados los asesinasen, destruyesen los mejores monumentos eclesiásticos y se burlasen de la fe, de la fe católica y de la Iglesia? El pueblo español, sencillo, religioso, confiado en la fe de los grandes y nobles y de los que estaban al frente del gobierno de la nación, no receló que llegase un día en que éstos aliados con los corifeos del filosofismo quisieran robarle la religión de sus mayores. Por su parte, los gobernantes que conocían la sencillez del pueblo, el respeto que profesaba á los reyes y magistrados de la nación, y la afición que tenía á la pompa en el culto y á los regocijos con que solía celebrar también sus fiestas populares y religiosas, tuvieron gran cuidado de fomentar esta afición y añadir á aquéllas nuevo esplendor, descuidando la formación interna del espíritu, la vida espiritual del alma. De ahí que en

1. Fiestas seculares con que la ciudad de Valencia celebró el tercer siglo de la canonización de San Vicente Ferrer.

muchas provincias, gracias á la habilidad de algunos intencionados, el catolicismo práctico de los vecinos principales se redujese á la fiesta del santo patrón de la villa y de la calle, como antes de los gremios, sermón por la mañana, procesión por la tarde, acabando siempre las fiestas con comidas, toros y bailes.

De ahí también que no se adiestrase bastante al pueblo español para el combate y la lucha de nuestros tiempos por la defensa de su fe y religión, ni se le preparase para descender á la arena, salir de su apatía y hacer frente á los que, mintiendo cuestiones meramente políticas, pretendían herirle en lo más vital de su ser cuando le habían adormecido. De ahí, finalmente, esa falta de apercebimiento y *organización* para el gran día del combate religioso, y esa como aversión á entrar en la lid. Por esto les fué fácil á los enemigos de la Religión y de la patria conseguir lo que de otra manera les hubiera sido imposible. Esto existía ya desde hace tiempo en el pueblo español, pero desde la supresión de los frailes principió á faltar más que nunca en él la piedad, el espíritu de fe, la reflexión y la meditación frecuente de las verdades eternas, haciendo consistir muchos todo su catolicismo en las fiestas populares. Se ha descuidado muy mucho la formación del verdadero espíritu del cristiano, y hoy el Catecismo apenas se conoce. De este deplorable estado de ignorancia y de falta de sólida y madura piedad, á la indiferencia y apatía, no hay más que un paso; de aquí que se dejen pisotear y aplastar los católicos como parias por cuatro masones y librepensadores. Este es el hecho. No hay que dudar: si hubiese convicción en las creencias católicas, si hubiese fe viva y sólida, los católicos acudirían á las urnas, emplearían los medios legales, y si los contrarios apelasen á la violencia, no sería necesario que empleasen las armas; bastarían las escobas para barrer y barrer... para siempre de los pueblos á los masones y librepensadores. Aun hoy las leyes patrias nos protegen; lo que falta es espíritu de fe, valor y organización; lo que falta es que los católicos todos se unan como haz bajo la égida del Romano Pontífice y los Prelados, posponiendo su medro personal y rompiendo, cuando se trata de la Religión y de la patria, las vergonzosas cadenas de las banderías políticas, y con los ojos fijos en el Corazón de Jesús, lanzarse todos los católicos á la lucha legal: he aquí un modo de dar á la cuestión social en España una solución práctica!!!

¿Pero en qué se ocupan los bandos políticos en España, ya que no sirven para resolver la *cuestión social*? Un periódico de gran circulación, y que conoce bien el paño, escribe lo siguiente:

Vulgar es de puro sabido que las sociedades humanas comenzaron por los pueblos cazadores, siguieron por los pueblos pastores y continuaron por los pueblos agricultores, industriales, comerciantes, etc.

Esta forma de evolución se manifiesta también con caracteres particulares de las sociedades ya formadas. En nuestra sociedad española y en la particular esfera de la política, somos un pueblo cazador. Todavía no hemos podido pasar

de ahí, no obstante el largo período que llevamos de sistema representativo y de agitada y accidentada vida pública.

Fijese cualquier observador en los rasgos típicos de personajes y partidos, y verá de qué modo la política es una mera cacería. De la caza viven prohombres y parcialidades, y por eso cuidanse tan poco del suelo, es decir, de la patria, como suele cuidarse el cazador. Nada de mirar por la vegetación; nada de sembrar hoy para recoger mañana. Lo que la suerte y la naturaleza ofrecen al paso se coge, y con lo porvenir Dios dará.

Cazar el poder es el objetivo de los partidos; cazar la cartera, el acta, la credencial, cuando no el negocio, es el propósito especial de cada miembro de la agrupación. Cazar los errores, las contradicciones, las flaquezas, las irregularidades de los que mandan, es la ocupación de las oposiciones ¹.

ARTÍCULO III

La fuerza armada no puede poner remedio á la cuestión social.

Es común opinión del liberalismo, tanto conservador como democrático, que al fin y al cabo la cuestión social se ha de resolver á cañonazos. Este es, en efecto, el único argumento que el naturalismo político, engendrador del socialismo y anarquismo, puede oponer á sus discipulos. Con razón escribe el P. Cathrein ².

El liberalismo no conoce más que un arma contra el socialismo, y es la policía; no bien pretende impugnarle con otras, se descubre cuán inconsecuente es su proceder con un sistema engendrado en sus propias entrañas. El que deseé combatir de veras al socialismo y sanar el cuerpo de nuestra sociedad con remedios eficaces, abjure del liberalismo y vuelva confiado al terreno del cristianismo íntegro é incondicional.

Lejos, muy lejos andan los gobernantes de oír sumisos la voz del Supremo Jerarca de la Iglesia, León XIII, y de poner en práctica sus mandatos y consejos; lejos están de renegar de los principios de la Revolución francesa, ó sea de las libertades modernas, causadoras del mal presente, y del inminente peligro que nos amenaza; en todo piensan menos en volver por medio de leyes é instituciones públicas informadas de la fe de nuestros padres, á la organización cristiana de la sociedad; pueblos y gobiernos están ciegos; desvelanse éstos en aumentar los ejércitos permanentes, y de tal modo los aumentan y multiplican, que espanta ver el número fabuloso de millones de hombres armados que tienen actualmente las naciones de Europa. ¡Qué desengaño para los adoradores de la Revolución francesa! Ante las mágicas palabras libertad, igualdad y fraternidad, se creía que iba á brillar una era de paz y de felicidad universal. Que por algún tiempo se necesitarían aún ejércitos para acabar con los fanáticos restos del antiguo régimen, con los clérigos y frailes; pero que después se disolverían para

¹ *Imparcial*, 24 de mayo de 1890.

² *Ob. cit.*, pág. 71.

siempre los ejércitos permanentes, resultando del ejercicio de los derechos del hombre, esto es, de todas las libertades ilimitadas del alma humana, la armonía, la dicha, el bienestar y la fraternidad universal. Y sin embargo, en la historia de los pueblos cristianos, jamás ha habido época en la que los odios de unas clases contra otras sean como hoy tan profundos é implacables; jamás las naciones cristianas se han hallado tan armadas como hoy, esperando todos con ansia el fatídico grito de «guerra» que vendrá, no hay que dudarlo, y quizás mucho antes de lo que se cree. No exagero: véanse los ejércitos que cuenta hoy Europa, cuyas cifras causan realmente espanto y horror.

EN TIEMPO DE PAZ

	Hombres
Rusia..	876.938
Francia.	512.472
Alemania.	500.000
Austria.	300.000
Italia.	260.000
Inglaterra.	224.800
Turquía.	182.000
España.	90.000
Holanda.	66.000
Bélgica.	44.000
Dinamarca.	42.000
Rumanía.	35.000
Suecia y Noruega.	33.000
Bulgaria.	32.000
Grecia.	26.000
Portugal.	25.000
Servia.	14.000

A estas cifras hay que añadir los efectivos de la marina de las grandes potencias, efectivos que suben respectivamente:

	Hombres
En Inglaterra, á.	62.000
En Rusia, á.	30.000
En Francia, á.	25.000
En Alemania, á.	17.000
En Italia, á.	14.000

Unidos los efectivos militares, los de la marina y las tropas auxiliares de policía, resguardo, etc., la suma total de las fuerzas que Europa mantiene en tiempo de paz llega á *cuatro millones* de hombres.

EN TIEMPO DE GUERRA

Los efectivos en pie de guerra de toda Europa hacen un total de más de *veintitán millones* de combatientes, siendo el efectivo de las cinco grandes potencias continentales el siguiente:

	Hombres
De Alemania.	4.200.000
De Francia.	4.108.000
De Italia.	2.640.000
De Rusia europea.	2.600.000
De Austria.	1.200.000

Para el caso de una declaración de guerra, las tropas que pueden mobilizarse en los primeros momentos son:

Rusia.	1.700.000
Alemania.	1.000.000
Francia.	970.000
Austria.	940.000
Italia.	610.000

Una de las concausas, á no dudarlo, de la crisis económica y de las grandes deudas de las naciones de Europa es el *militarismo*, que absorbe, él sólo, la riqueza agrícola é industrial de los pueblos.

En efecto; el presupuesto de los ejércitos en tiempo de paz, de las cinco grandes potencias de primer orden, arroja una suma de unos *cuatro mil millones de pesetas*, comprendiendo en ella la parte concerniente á la marina.

Además, deben añadirse los numerosos créditos extraordinarios que los Parlamentos votan con frecuencia para armas, fortificaciones y otras defensas.

Los seis presupuestos más crecidos del ramo de guerra en Europa son los siguientes:

	Pesetas
El de Francia.	de 942.000.000
El de Inglaterra.	de 762.000.000
El de Rusia.	de 762.000.000
El de Alemania.	de 537.000.000
El de Italia.	de 415.000.000
El de Austria.	de 407.000.000

A estas cifras hay que agregar los millones que se emplean en Alemania para los dos nuevos cuerpos de ejército que votó el Reichstag alemán por ley de 27 de enero de 1890, y las 74 nuevas baterías de artillería para igualar los cuerpos del ejército del imperio.

Ahora bien; asusta y causa horror el número de veintún millones de soldados que en tiempo de guerra puede presentar Europa; pero téngase en cuenta que los obreros se han contado también, y solamente en Europa son veintitres millones; es verdad que no todos están afiliados al socialismo internacional; pero lo estarán, no hay que dudarlo, si los gobiernos no ayudan á la Iglesia en la restauración social. Además, téngase presente que la propaganda socialista se está realizando entre los soldados, y eso en todas las naciones de Europa. No hace mucho que el compañero Pablo Iglesias repetía poco antes del 1.º de mayo de este año: «Ahora es preciso que dirijamos nuestra propaganda al ejército; que hagamos entender á los soldados que sus amigos, que sus hermanos, que sus padres, que sus madres están entre nosotros». Llegó el primer día de mayo, y los telegramas recibidos de Francia corroboraron que la propaganda se hacía en todas partes. En efecto; un soldado llamado Lebón, que nació en el pueblo de Fourmies, se hallaba en filas, como los demás, cuando se dió la voz de ¡fuego!: Lebón apuntó sobre la multitud y se detuvo. Entre las mujeres había visto á su madre, que le gritaba: «¡No tires, no tires, hijo!» El soldado la oyó, arrojó iracundo el fusil y se cruzó de brazos. Pero el resto de los soldados hizo fuego y la colisión fué espantosa.

Esto no es más que un hecho, es verdad; pero un hecho que indudablemente se repetirá, cuando en las filas del ejército haya quien tenga, no una madre ó hermana como el soldado Lebón, sino compañeros de ideas socialistas á centenares entre las filas del pueblo: es un hecho que nos obliga á tener por cierto en primer lugar, que la fuerza bruta, los ejércitos y las bayonetas no resuelven ni resolverán jamás la cuestión social, porque no tienen el poder de convertir á la sociedad, ni de hacer que los socialistas depongan sus odios satánicos contra ella: las bayonetas, si no van acompañadas con la predicación evangélica y con el balsamo de la caridad evangélica, no son para acabar con las ideas socialistas. Podrán los ejércitos, la policía y las leyes represivas perseguir la propaganda del socialismo; podrán, como al vapor, encerrarle en estrechos límites, doblar y triplicar la resistencia, pero llegará un momento en que, como el vapor aprisionado en una caldera, romperá los diques y las resistencias, causando ruinas y víctimas sin cuento. Porque téngase en cuenta que en España la distinción entre socialista y anarquista es puramente nominal; en la lucha no hay ya distinción; todos son anarquistas, y éstos ya sabemos que pretenden con la dinamita y los medios de destrucción que la química ha descubierto, convertir en ruinas nuestras catedrales, iglesias y monumentos. ¡Quién sabe si dentro de medio siglo vendrán los cristianos de la América y del Africa á visitar las ruinas monumentales de lo que fué en otro tiempo la católica España! No: es preciso repetirlo, la *cuestión social* no se resuelve con cañones y bayonetas; podrá, quizás, el César decir: «yo tengo el hierro, arrojense los revoltosos á la calle»; pero el socialismo responderá: «yo soy la hierba, y tengo el tiempo»; y en Alemania el hierro y las leyes represivas han en-

viado al Parlamento treinta y cinco diputados socialistas. La solución verdadera la indican los telegramas que todos los periódicos de España publicaron acerca de la colisión entre la tropa y los obreros en Fourmies.

París 4 (5^{to} tarde). Al sonar en la plaza de la Iglesia las descargas, las puertas del templo fueron bruscamente abiertas, y por ellas salieron el párroco y dos sacerdotes más que se precipitaron al centro de la plaza.

¡Altos! ¡Por caridad, altos!—empezaron á gritar los sacerdotes, abriendo los brazos para proteger á la muchedumbre indefensa.

Hubo un momento de vacilación en la tropa al ver el enérgico y heroico acto de los sacerdotes. Al fin bajaron los fusiles y cesó el fuego.

La gente aprovechó el momento y huyó en todas direcciones.

La plaza quedó sola con los soldados y los sacerdotes. Aquellos esperaron en su lugar descanso, y los sacerdotes empezaron á recoger y curar como pudieron los heridos, dando la absolución á los moribundos sobre el terreno.

En segundo lugar, creemos oportuno recordar en el caso presente, que á los ojos del cristiano que medita en las enseñanzas de la historia y se fija en los textos bíblicos, los ejércitos permanentes de las naciones de Europa deben aparecer como son en realidad, un justo castigo del cielo. En el libro de la Sabiduría se lee que *el castigo del pecado sigue siempre á la prevaricación de los maldados*¹. Y en otro lugar: *Por las cosas en que uno peca, por las mismas es también castigado*². Por lo tanto, Dios mismo nos asegura que no hay crimen sin castigo, y que el castigo se halla siempre oculto en el fondo del crimen que le hace necesario. Las sagradas letras ensenan también al cristiano, que las iniquidades de los hombres se resumen en tres puntos; que el amor de sí mismo llevado al extremo, hasta la rebelión contra Dios, se manifiesta por el amor de nuestra carne, de nuestra voluntad y de las cosas de la tierra: es decir, por la voluptuosidad, la soberbia y la avaricia³. Y en los pueblos, lo mismo que en los individuos⁴, se observa que cada vez que la triple concupiscencia se agita con más fuerza en el corazón de los hombres, cada vez que el mal aumenta, la expiación se desenvuelve proporcionalmente. Si cada vez que la avaricia, que la sed de bienes terrestres crece y toma proporciones extremas, la pobreza crece, se convierte en miseria, y tomando á su vez proporciones terribles, se convierte como hoy en una llaga social, que se llama pauperismo. Cuando la soberbia y el espíritu de independencia hierven como un mar embravecido, cuando en el seno de la sociedad actual fermenta el socialismo y el anarquismo, entonces la obediencia, más necesaria que nunca, toma una forma abyecta, y se llama con un nombre pagano: ¡esclavitud! Y cuando el deseo de goces físicos, cuando la lujuria, que acompaña siempre á la soberbia, se desborda, la pena y expiación se desbordan también, y se llama con un nombre terrible: ¡guerra!

El signo más visible de la soberbia, su carácter más permanente, mejor

¹ Sab. XIV. 31. Peccantium poena perambulat semper injuriam prevaricationem.

² Sab. XI. 17. Per quae peccat quis, per haec et torquetur.

³ I. Joann. II. 16.

⁴ *La Pobreza*, *oh*, cit., pág. 53.

dicho, su esencia, es la irreligión. Pues bien; el fruto de la soberbia, la recompensa inevitable de un pueblo irreligioso, es la esclavitud. Quiero corroborar estas reflexiones con una cita del gran repúblico español Donoso Cortés ¹.

Señores, os ruego me prestéis atención; voy á ponerlos en presencia del paralelismo más maravilloso que ofrece la historia. Vosotros habéis visto que en el mundo antiguo, cuando la represión religiosa no podía bajar más, porque no existía ninguna, la represión política subió hasta no poder más, porque subió hasta la tiranía. Pues bien; con Jesucristo, donde nace la represión religiosa, desaparece completamente la represión política. Es esto tan cierto, que habiendo fundado Jesucristo una sociedad con sus discípulos, fué aquélla la única sociedad que ha existido sin gobierno. Entre Jesús y sus discípulos no había más gobierno que el amor del maestro á los discípulos, y el amor de los discípulos al maestro. Es decir, que cuando la represión interior era completa, la libertad era absoluta...

Llega, señores, el siglo xvi. En este siglo, con la gran reforma luterana, con ese gran escándalo político y social, tanto como religioso; con ese acto de emancipación intelectual y moral de los pueblos coinciden las siguientes instituciones. En primer lugar, en el instante las monarquías, de feudales se hacen absolutas. Vosotros, creéis, señores, que más que absoluta no puede ser una monarquía: un gobierno, ¿qué puede ser más que absoluto? Pero era necesario, señores, que el termómetro de la represión política subiera más, porque el termómetro religioso seguirá bajando, y con efecto subió más. ¿Y qué nueva institución se creó? La de los ejércitos permanentes? ¿Y sabéis, señores, lo que son los ejércitos permanentes? Para saberlo, basta saber lo que es un soldado: un soldado es un esclavo con uniforme. Así, pues, veis que en el momento que la represión religiosa baja, la represión política sube al absolutismo, y pasa más allá. No bastaba á los gobiernos ser absolutos; pidieron y obtuvieron el privilegio de ser absolutos y tener un millón de brazos.

A pesar de esto, señores, era necesario que el termómetro político subiera más, porque el termómetro religioso seguía bajando, y subió más. ¿Qué nueva institución, señores, se creó entonces? Los gobiernos dijeron: tenemos un millón de brazos, y no nos bastan; necesitamos más; necesitamos un millón de ojos, y tuvieron la policía; y con la policía un millón de ojos. A pesar de esto, señores, todavía el termómetro político y la represión política debían subir; porque á pesar de todo, el termómetro religioso seguía bajando, y subieron.

A los gobiernos, señores, no les bastó tener un millón de brazos; no les bastó tener un millón de ojos; quisieron tener un millón de oídos, y los tuvieron con la centralización administrativa, por la cual vienen á parar al Gobierno todas las reclamaciones y todas las quejas... Los gobiernos dijeron: no me bastan, para reprimir, un millón de brazos; no me bastan, para reprimir, un millón de ojos; no me bastan, para reprimir, un millón de oídos; necesitamos más; necesitamos tener el privilegio de hallarnos á un mismo tiempo en todas partes. Y lo tuvieron, y se inventó el telegrafo.

Señores: tal era el estado de la Europa y del mundo cuando el primer estallido de la última revolución vino á anunciarnos á todos que aun no había bastante despotismo en el mundo, porque el termómetro religioso estaba por bajo de cero. Ahora bien, señores, una de dos: ó la reacción religiosa viene ó no; si hay reacción religiosa, ya veréis, señores, como subiendo el termómetro religioso, comienza á bajar natural, espontáneamente, sin esfuerzo ninguno de los pueblos, ni de los gobiernos, ni de los hombres, el termómetro político, hasta señalar el día templado de la libertad de los pueblos. Pero si por el contrario, señores, el termómetro religioso continúa bajando, no sé adónde hemos de ir á parar. Yo, señores, no lo sé; y tiemblo cuando lo pienso. Contemplad las analogías que he propuesto ante vuestros ojos; y si cuando la represión religiosa estaba en su

¹ Obras de D. J. Donoso Cortés, tomo III, pág. 267.

apogeo no era necesario gobierno alguno, cuando la represión religiosa no exista, no habrá bastante con ningún género de gobierno: todos los despotismos serán pocos.

¿Será necesario corroborar con algún hecho histórico lo expuesto por el elocuente Donoso Cortés? Si lo transcrito lo pronunció en 1848, y entonces en Francia, y principalmente en España, había represión religiosa, ¿qué diría hoy de España, en la que la represión religiosa ha desaparecido, y todo librepensador se cree con el derecho de insultar en los periódicos á Jesucristo y á su Iglesia? No hay duda que, siguiendo como sigue España, nos va á suceder lo que á la nación francesa. En ella la soberbia se exaltó de tal manera, que, aproximándose á los altares, arrojó de ellos á la Razón de Dios encarnada en Jesucristo, y tomando la razón del hombre encarnada y embrutecida en una prostituta, la colocó en el trono mismo que Dios se había escogido entre nosotros, y prosternándose delante de ella, la adoró. Este fué el acto de soberbia más innoble y salvaje que se ha visto en la tierra, pero al mismo tiempo la proclamación de la suprema esclavitud. Porque tres ó cuatro hombres insensatos, astutos, ebrios y viles, tomaron al pueblo francés entre sus manos y lo manejaron á su antojo, y no hallaron en él más resistencia cuando violaron su conciencia que cuando violaron su propiedad, cuando le mandaron subir al patíbulo que cuando le enviaron á combatir. Triste destino de Francia: ¡la nación que no quiso obedecer á Dios, obedeció sin resistencia á Carrica, á Couthón, Robespierre y á la guillotina!

Existe íntima relación entre la soberbia y la lujuria, y como antes hemos dicho, los crimenes de la carne se expían con efusión de sangre. No hay nada en la historia, tanto religiosa como profana, tan claramente demostrado como este hecho terrible. En Roma, bajo las arcadas del anfiteatro, la cortesana tenía tienda de corrupción; en el interior, diez mil pares de gladiadores (fiestas de Trajano) se preparaban á matarse para recrear al pueblo romano; y aun había cristianos de reserva para completar el festín! Este es el resumen simbólico de la historia entera: tanto la profana como la de los pueblos cristianos, atestiguan que por las mujeres se declararon terribles guerras. La sangre corre para expiar las libertades y la glorificación de la carne. Es esto tan cierto, que se podría hacer entre la lujuria y la guerra un paralelo análogo al que Donoso Cortés ha hecho entre la soberbia y la esclavitud. Baste recordar la reforma religiosa del siglo xvi: fué una comedia que terminaba siempre por el casamiento de los que habían hecho juramento de guardar el celibato. La sangre corrió á torrentes así en Alemania como en Francia, y sobre todo en Inglaterra. Otro período muy sangriento fué la guerra de los cien años entre Francia é Inglaterra, que siguió al gran cisma de Occidente, época de libertades carnales. Necesitamos subir hasta las cruzadas contra los Albigenses, para encontrar entre los cristianos una época verdaderamente sangrienta. Ahora bien; ¿qué eran los Albigenses sino los socialistas y los falansterianos de aquella épo-